

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 8, capítulo XCV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 8, capítulo XCV

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo XCV

**El arzobispo de México choca con la
Regencia**

Octubre a diciembre de 1863

CAPÍTULO XCV

EL ARZOBISPO DE MÉXICO CHOCA CON LA REGENCIA

Octubre a diciembre de 1863

El señor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos que por varios años había sido obispo de Puebla, fue elevado a la categoría de arzobispo de México por el Papa, en el consistorio de 16 de marzo de 1863, convirtiéndolo de hecho en jefe de la Iglesia católica de México. Tanto por esta designación como por sus anteriores actividades de carácter político, la junta superior de gobierno lo designó el 22 de junio miembro del Poder Ejecutivo, no obstante estar residiendo en Europa.

Labastida y Dávalos, que se encontraba en París, recibió la visita del Gral. González de Mendoza y días después sostuvo una larga conversación con el emperador Napoleón.

Fue hasta agosto en que, junto con otros prelados que se encontraban en igual situación, resolvió volver al país embarcándose el 16 de agosto, pasando por la Martinica y haciendo escala de algunos días en La Habana, llegando al puerto de Veracruz el 17 de septiembre de 1863, junto con el arzobispo de Michoacán y el obispo de Oaxaca. La embarcación, a la vista de Veracruz, fue recibida con salvas de artillería. Al desembarcar lo primero que hizo fue enviar una carta de agradecimiento al comandante Roger, jefe de la escuadrilla naval francesa, destacada frente al puerto.

Frente a Veracruz escribe el 16 de septiembre a Gutiérrez de Estrada relatando su viaje; pero lo más importante es que demuestra inquietud por el rumor que corre de que se retirarán algunas tropas francesas.

Mientras tanto, en el curso del mes de septiembre, Forey había entregado el mando a Bazaine y abandonado la ciudad de México el 4 de octubre, en dirección a Puebla. Hizo el viaje a caballo y la prensa de la

capital le dedicó amplios reportajes, mencionando que había llevado como recuerdo de México un traje de charro.

Coinciden en la ciudad de Puebla el 7 de octubre Forey y Labastida, sosteniendo una amplia conversación cuyo contenido se desconoce.

Labastida y Dávalos se despide de Puebla con una larga carta pastoral en que entremezcla reflexiones y consideraciones de carácter religioso con opiniones políticas, elogiando la instauración del nuevo régimen.

A su paso por Puebla escribe Labastida una amplia carta a José Gutiérrez de Estrada, relatándole su recorrido desde Veracruz. Este documento fue publicado por José María Hidalgo pero, recientemente, al consultar el archivo de Maximiliano en Viena, hemos tenido oportunidad de conocer otro texto en español que contiene, en lo general, las mismas ideas que el de Hidalgo, pero tiene mayor fluidez en el lenguaje, por lo que nos pareció era el texto original. Probablemente esta carta la conoció Hidalgo traducida al francés y posteriormente la vertió al español. Además, en el texto de Hidalgo faltan algunos párrafos intermedios.

Lamentablemente, en la copia fotográfica de que hemos dispuesto del documento de Viena, faltan los dos últimos párrafos, por lo que los hemos suplido tomándolos de la versión de Hidalgo. La carta es sumamente interesante porque muestra la posición de los habitantes de la zona ocupada por el ejército francés.

Inicia su marcha rumbo a la ciudad de México el 9 de octubre llegando, finalmente, el domingo 18 por la mañana, tomando desde luego posesión de su cargo como miembro de la regencia.

Forey llega a Veracruz el 21 de octubre y se embarca en el buque de guerra *Panamá*, rumbo a La Habana.

La llegada del arzobispo Labastida a la ciudad de México, fue motivo de una gran celebración; el ayuntamiento ordenó que se adornaran las calles y se le rindieron honores de carácter oficial, incluyendo salvas de artillería, etc.

Pocos días después llegó a la capital el mariscal Bazaine, que estaba en campaña y se apresuró a escribirle a su gobierno, informando

que había encontrado al arzobispo Labastida y Dávalos “imbuido del más violento espíritu ultramontano”.

Inmediatamente inicia sus funciones y el 25 de septiembre intervino en la redacción del decreto para la organización general del ejército mexicano.

Sin que se diga expresamente, por las diversas disposiciones y prevenciones que se indican, se entiende claramente que ese ejército estará a las órdenes del general en jefe del ejército franco mexicano, como se le llama en otras ocasiones. Parece interesante transcribir un párrafo del decreto correspondiente, que firma el subsecretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, Juan de Dios Peza:

Tanto la regencia como el Mariscal Forey han deseado dar a estas fuerzas una nueva organización sin alterar la nomenclatura que hoy tiene ni disminuir su personal. El que suscribe, ha visto que la buena inteligencia que en este particular ha habido entre ambos, que está persuadido de la necesidad que hay de sistematizar la administración del ejército de una manera peculiar, supuesto que los fondos con que se le atienden los facilita el tesoro francés y, por lo mismo, debe tener una sobrevigilancia directa respecto de su inversión, ha creído conveniente someter a vuestra aprobación el siguiente decreto.¹

Primero Forey, más tarde el Poder Ejecutivo provisional y, finalmente, la Regencia, habían externado la opinión de que la nacionalización de los bienes eclesiásticos era un hecho consumado y que sólo procedía investigar y rectificar aquellas operaciones que representaran hechos delictuosos.

Todo esto había ocurrido antes del regreso de Labastida y Dávalos de manera que, por rutina, el subsecretario de Justicia, Felipe Raygoza, instruye al prefecto político de la ciudad de México que los tribunales debían ocuparse de querellas en relación a los pagarés expedidos en

¹ *La Sociedad*, México, 25 de septiembre de 1863, p. 2.

operaciones de venta y alquiler de las fincas que han pertenecido al clero.

Inmediatamente Labastida y Dávalos presentó, el 10 de noviembre, una protesta considerando que esta decisión se había tomado sin consultarle.

El 13 de noviembre interpeló al general Almonte y al día siguiente a éste y al Gral. Salas, expresando que dos miembros de la regencia no pueden tomar decisiones con la oposición del tercero.

El arzobispo Labastida mantiene su actitud y, considerando que no será posible llegar a un acuerdo, pide se convoque a la asamblea de notables que “es el órgano aceptado y acatado de la voluntad nacional”. Ese mismo día le responde indicándole que no toma en consideración su protesta.

Bazaine, al recibir copia de la protesta, escribe a Labastida dando pleno apoyo a la regencia e invitándolo a rechazar los consejos de amigos imprudentes, para crear una situación que tratará de evitar, tomando “todas las medidas de rigor que los poderes de que estoy revestido me obligan a emplear”.

El arzobispo no se queda callado y responde con violencia a Bazaine; más aún, promueve una conferencia que se reunió en el salón de acuerdos del palacio imperial, a la que asistieron Almonte, Salas, Bazaine y el propio Labastida y Dávalos.

En el archivo de Maximiliano en Viena, hemos localizado el texto de la exposición presentada por el arzobispo que, por ser muy extensa y repetir lo dicho en otros documentos, no se reproduce en toda su extensión; únicamente el párrafo inicial y los dos finales.

He deseado, señores, esta conferencia para manifestar francamente la complicación en que me hallo por mi doble carácter de regente del imperio y como cabeza de la Iglesia mexicana.

[...]

¿Cuál es la causa de las desgracias a que ha llegado México? ¿La

tendencia constante de los partidos inmorales que han asaltado el poder, a destruir todo lo existente para convertir esta destrucción en provecho propio? ¿Cuál de estos partidos ha consumado totalmente la ruina de nuestro país? El que acaba de sucumbir en Puebla y de abandonar a México, ¿Por qué medios lo ha conseguido? Destruyendo los únicos elementos sociales con que este país contaba, esto es combatiendo las creencias, combatiendo la moral, pervirtiendo las costumbres y sobre todo derrochando ese cúmulo de bienes, que expresaban el culto, dotaban todos los establecimientos de beneficencia, fomentaban la agricultura y eran un banco de avío que, con suma equidad, impulsaba los honestos giros en este país.

¿Hasta dónde ha llegado la ruina causada por los golpes tenaces del gobierno de don Benito Juárez? Hasta la destrucción de los establecimientos de pública utilidad expensados por el gobierno. ¿Cuál será pues, el medio de limpiar los escombros, reparar las pérdidas, restaurar tantas ruinas de todo género, triunfante la intervención en México? ¿Acaso abrir el campo a los falsos cultos con una libertad que el carácter y estado de nuestra sociedad repele? ¿Debilitar la acción moralizadora del sacerdocio legalizando lo hecho, tranquilizando en sus posesiones inicuas a los detentadores de bienes eclesiásticos, retirando el brazo de la justicia y tendiendo una mano amiga a los que todavía recorren desolando lo que ha quedado en pie? ¿Condenando como calumnioso e indignos de la regencia los conceptos que a los tribunales y a los ciudadanos hiciera formar su manifestación bien explícita de reservar al soberano la solución de todas las cuestiones capitales? Pues, el hecho es que estos son los medios que desgraciadamente van a emplearse. La circulación legalizada de los pagarés, legitima los valores bastardos que al partir arrojó sobre México don Benito Juárez. [El] alza de suspensión en materia de arrendamientos es un reconocimiento de dominio en los detentadores de las fincas eclesiásticas y lo mismo sucede con la libertad en que se deja para seguir fabricando a los que habían

suspendido sus obras a causa de una circular de la regencia. Reconociendo el dominio directo y útil en los que poseen bienes raíces o valores procedentes de la ocupación de bienes eclesiásticos, la cuestión queda resuelta y ellos, lejos de recibir un golpe con el triunfo de las armas francesas, han hecho la más preciosa conquista, la de una plenísima seguridad pues el vencedor les ratifica lo que el vencido les había otorgado.²

Se incluye en el capítulo una serie de cartas por demás interesantes, desconocidas algunas y otras parcialmente publicadas, como es el caso de la fechada el 4 de noviembre de Maximiliano a Almonte, en que se precisa que Maximiliano estaba ya dispuesto a aceptar el trono de México.

Creemos es inédito el informe del presidente de la comisión de notables a la regencia, por lo que se reproduce la traducción del proyecto que hemos realizado en el archivo de Maximiliano en Viena.

También señala que el problema de los bienes eclesiásticos es complejo, por lo que se abstuvo de tratarlo con Labastida en sus entrevistas antes de que regresara a México.

El 10 de noviembre Teodosio Lares envía una carta a Joaquín Velázquez de León, en la que protesta contra la aplicación de las leyes de Juárez referentes a la nacionalización de los bienes eclesiásticos.

En carta de 26 de diciembre, Maximiliano anuncia que tan luego haga pública su aceptación definitiva apresurará su “salida para mi nueva patria”.

Venciendo su cuidadosa actitud, el archiduque escribe a Labastida y Dávalos el mismo día, recomendándole prudencia como comentario a su pugna con la regencia.

² Archivo del Estado de Austria (AEA), Archivo mexicano del emperador Maximiliano, expediente 57, documento 287. Transcripción de Sara Goldenberg y Lya Monzón.

DOCUMENTOS

Octubre a diciembre de 1863

REGRESA EL ARZOBISPO LABASTIDA
A MÉXICO

Puebla, octubre 2 de 1863

Sr. don José María Gutiérrez Estrada

Mi apreciabilísimo, inolvidable y fino amigo:

Escribí a usted desde la Martinica, desde Veracruz y desde Orizaba. Continuamos nuestro viaje el 25 y llegamos a esta ciudad el 27, tan memorable para nosotros. Lo que se dice en los impresos que acompaño a usted dan una idea imperfecta de lo que pasó en esta ciudad. Mas, sería difícil, por no decir imposible, describir el recibimiento que nos hicieron los pueblos del tránsito. Cuando hablo de ellos, comprendo los que están en [un] área de tres leguas. Sin excitación de parte de las autoridades, sin ser presididos muchos de ellos por los párrocos que no los tienen, nos salieron al camino cubriéndose de flores, presentándonos los ramos en forma de cetros y con coronas imperiales y cubriendo la diligencia y el tiro con banderas de diferentes colores.

Los habitantes del pueblo de Chapulco, que dista tres leguas de Puerto Colorado, tuvieron la ocurrencia de manifestarnos su regocijo con una especie de campanario ambulante: cuatro de ellos llevaban dos varas en los hombros y de cada una pendía una campana bastante grande; los muchachos se sucedían para repicarla y así lo hicieron montando las cumbres de Acultzingo. En dicho puente una anciana nos dirigió la arenga más corta y elocuente que se puede formar: “Ahora sí, nos dijo convirtiéndose a sus compañeros, nada tenemos que esperar sino que el señor nos dé una buena hora”.

Haciendo instancias a los de Chapulco para que se volvieran a su

pueblo, nos contestaron que era de su deber acompañarnos hasta la raya y, replicándoles que por lo menos las mujeres se detuvieran en el camino, nos respondían que no porque aquella era su devoción. Un indito que había sido maestro de escuela en el pueblo, una vez juez de paz y que llevaba la voz por los de Acultzingo nos repitió varias veces que hallaba más poesía en aquella procesión que en las obras de Chateaubriand: “Lo único que me da pena, añadía, es que no todos los mexicanos tengan los mismos sentimientos de estas gentes sencillas y que un hermano mío después de haber servido al pasado gobierno, esté muy enfermo y que no quiera convertirse; ojalá que vuestras superioridades se pudieran detener para hablarle porque yo no tengo palabras para convencerle ni la cosa que darle”.

En Amozoc, el comandante de la fuerza rural me dijo estas palabras: “Desde el 12 de mayo que desterraron a vuestra superioridad ilustrísima tomé las armas y hasta hoy no las he dejado; todo lo he perdido y sólo me queda la vida para defender a vuestra soberana ilustrísima” Estrechándole entre mis brazos le bañé la cabeza con un torrente de lágrimas y todos me acompañaron sin poderse contener.

En ese pueblo que, como usted recordará, dista cuatro leguas de Puebla, me encontraron las comisiones del comandante superior de Puebla que lo es el Gral. Brincourt, la del venerable cabildo eclesiástico y la del cuerpo municipal, con la que se arregló la entrada solemne que se verificó al otro día, saliendo de dicho pueblo a las dos de la tarde. Ya usted comprenderá que, a medida que nos acercábamos a esta ciudad, crecía la concurrencia en proporciones colosales, así como las demostraciones de regocijo con la continuada lluvia de flores, de ramos, de versos que de todas partes nos arrojaban formando casi una nube al pasar por las principales calles que estaban vistosamente adornadas de arcos, cortinas y señoras que ocupaban los zaguanes y puertas, las ventanas y los balcones. Todo estuvo primorosamente dispuesto; se guardó el orden posible y no hubo que lamentar ninguna desgracia. Los vivos sin interrupción se dirigían a nosotros, a la religión, a los emperadores de Francia y a los de México. Estos nombres están tan unidos ya en el corazón de los mexicanos, que una vez que dejó de

pronunciarse el de la emperatriz en los vivos uno del pueblo lo agregó después que la multitud había repetido todos los otros. Parece que el haberlo dejado para lo último, sólo sirvió para que el entusiasmo por ella se hiciese más sensible.

Todo esto y cuanto usted lea no es comparable al inmenso panorama que se presentó al desembarcar de la calle a la plaza principal. Cubierta toda de gente, los árboles, las fuentes, la estatua, el templete que se había levantado a los héroes de la independencia, los portales y sus columnas, los balcones y las azoteas, todo estaba cubierto de un inmenso gentío pero, al dirigir mi vista a la catedral, no pude menos de recordar la magnífica iluminación de San Pedro, pues me pareció ver iluminadas las torres y las bóvedas, las cúpulas y todos los cornisamentos con corazones inflamados de amor hacia sus obispos y de gratitud a todos los que han trabajado por libertar a este pueblo de la tiranía demagógica y darle libertad para que se entregue a los desahogos más puros de sus sentimientos religiosos. Espectáculo magnífico presentaba la catedral; más, su pedestal era infinitamente más sorprendente: el pueblo formaba una especie de gradería que, comenzando en las bases de las pilastras, venía a terminar con la gente que ocupaba el plano de la plaza y de las calles vecinas. Si este cuadro, en su conjunto, hubiera podido retirarse a cierta distancia y sacarse con un daguerreotipo, tendríamos una vista semejante a la que se presenta el día de resurrección en la ciudad eterna. La comitiva se dirigió a la catedral que estaba tan llena como si afuera de ella no hubiese gente; yo entoné el solemne *Te Deum* y después me dirigí con todo el acompañamiento al palacio episcopal, adonde recibimos las felicitaciones de todas las autoridades, del venerable cabildo, de los colegios y de todas las corporaciones, concluyendo a las nueve de la noche.

Mis hermanos salieron a recibirme más adelante de Amozoc; lo que experimenté al verlos apenas puede expresarse por el torrente de lágrimas que se mezcló con las suyas. No se puede definir si son hijas de las profundas llagas que los acontecimientos pasados han hecho en el corazón o del regocijo de haberlos hallado.

[...]

¡Qué estragos ha causado la demagogia en el país! Las reflexiones que me han asaltado a la vista de tantas ruinas, no quiero expresarlas; sería una crueldad aumentar un pesar más al que le ha causado a usted, desde hace tanto tiempo, la sola idea de tantas miserias.

Mis ilustres hermanos, el arzobispo de Michoacán y el obispo de Oaxaca, le envían sus recuerdos más afectuosos y todos sus amigos le dirigen expresiones sinceras, deseándole, conmigo, toda clase de felicidades.

Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

EL ARZOBISPO LABASTIDA
INTERPELA A LA REGENCI A

Sr. Gral. Juan N. Almonte

Excelentísimo señor:

Recibí ayer un oficio en que, por la secretaría de Relaciones, se me pregunta por parte de vuestra excelencia, con motivo de no haber concurrido yo al acuerdo del día 10, si tampoco he de concurrir en lo sucesivo y si el motivo de mi ausencia es por indisposición o por cualquiera otra causa.

Habiendo protestado de nulidad contra la orden del día 8 sobre pagarés y arrendamientos, por haber sido expedida por V. E. y el Excmo. Sr. Salas, sin concurrencia mía, necesito, para contestar a las preguntas que se me hacen en el oficio mencionado, que V. E. y el Excmo. Sr. Salas se sirvan decirme: primero, si no obstante lo dispuesto terminantemente por el artículo 6º del decreto de 16 de junio próximo pasado, el 1º del 22 del mismo y por el de 11 de julio siguiente, V. E. y el Excmo. Sr. Salas se consideran bastantes para formar por sí solos la regencia; segundo, si, en caso de no considerarse bastante, entienden que el acuerdo de solos dos regentes, sin concurrencia del otro, en disposiciones que deben emanar de la regencia, surte los mismos efectos legales que un acuerdo de la regencia.

En espera de la contestación, añadiré, para concluir, que, entretanto, protesto de la nulidad contra cualquier acto que debiendo emanar de la regencia, se haya practicado o se practique sólo por V. E. y el Excmo. Sr. Salas, sin mi concurso desde que tomé posesión de mi cargo de regente, así como contra el llamamiento de uno de los suplentes,

porque no se me puede legalmente considerar como excusado en términos que autorice tal llamamiento.

Dios, etc.

Palacio arzobispal, 13 de noviembre de 1863.

Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos
Arzobispo de México

EL ARZOBISPO LABASTIDA SE ENFRENTA A LA REGENCIA
EN RELACIÓN A LOS BIENES DEL CLERO NACIONALIZADOS

Sres. Juan N. Almonte y Mariano Salas

Excmos. señores:

No pudiendo hacer en ningún caso el sacrificio de mi conciencia y de mi dignidad, me veo estrechado a dirigir a VV. EE., para su debido conocimiento y publicación en el Diario Oficial, las declaraciones siguientes:

1ª.- Que habiéndose recibido en la regencia, yo manifesté desde luego que el asunto era, por su naturaleza, de la mayor gravedad; que, en consecuencia, debería tratarse muy detenidamente, en lo cual estuvimos de acuerdo, quedando pendiente para tratarse después el negocio.

2ª.- Que, deseando apurar en este negocio todos los recursos que la prudencia facilitase para resolverlo acertadamente y, si posible fuera, con el beneplácito común de la regencia y del Excmo. Sr. Gral. Bazaine, tuve con S. E., previo aviso que había dado la víspera al Excmo. Sr. Almonte, una conferencia el domingo en la tarde, manifestándole todas las razones que, en mi concepto, militaban para que prescindiera del negocio de los pagarés y arrendamientos de fincas, para que su resolución quedase aplazada hasta la venida del emperador; conferencia que pasó en presencia del Excmo. Sr. Almonte, que apoyó algunas de mis reflexiones.

3ª.- Que, como el Excmo. Sr. Bazaine no cediese a mis reflexiones, le ofrecí, delante del mismo Sr. Almonte, mandárselas ayer por escrito, para que las meditara detenidamente.

4ª.- Que, en cumplimiento de esta oferta, redacté ayer con toda precisión las observaciones que, en mi concepto, militaban para no dar

curso a los repetidos negocios mientras una resolución suprema, dictada por el soberano, no ponga a salvo de nulidades y responsabilidades ulteriores las resoluciones transitorias que por ahora se diesen a estos asuntos.

5ª.- Que la primera de mis reflexiones demostraba que sólo el primer aviso había sido expedido con conocimiento de la regencia, si bien con mi voto en contra, pues el segundo aparecía después sin origen legal y que, en este primer aviso, no aparece el reconocimiento de ningún derecho en los detentadores de los pagarés, que hacer valer ante los tribunales, sino sólo la declaración de que la regencia tendría por calumniosas, cualesquiera especies que tendiesen a preocupar el juicio del público, haciéndole creer que la regencia tenía intención de adelantarse en un asunto cuya resolución debe quedar al soberano; esto lo manifesté por mi natural franqueza, porque en realidad el aviso exhibe una inteligencia contraria de la que se le ha querido dar.

6ª.- Que en seguida pasé a demostrar que no podía darse a dicho aviso más inteligencia legal que la que en sí tiene, sin resolver de hecho la cuestión que se quería aplazar y resolverla ratificando y legalizando cuanto se había ejecutado en tiempo de don Benito Juárez; que tal cosa no debía hacerse, por ser anticatólica, inmoral, escandalosa, antieconómica e impolítica respecto del Papa, a quien se daba un golpe muy sensible; de S. M. el emperador de los franceses, a quien se le hacía representar un papel diametralmente opuesto a sus intenciones generosas, disposiciones conciliadoras y conducta leal y franca; de S. M. el emperador de México, a quien se le quitaban todos los recursos, multiplicaban los obstáculos, reduciéndole –eran mis palabras- a la tarea más deplorable y penosamente estéril de roer los huesos descarnados de un cadáver; respecto de la nación misma, porque tales medidas retraerían a su inmensa mayoría y no atraerían a los disidentes, para quienes las condescendencias son estímulos y las concesiones armas.

7ª.- Que estaba ya cerrando el pliego para mandarlo al Excmo. Sr. Bazaine cuando, con gran sorpresa y una pena que no puedo explicar, me impuse de un documento del tenor siguiente:

México, noviembre 9 de 1863

Al señor prefecto político:

Habiendo llegado a conocimiento de la regencia que, no obstante los avisos insertos en el número 11 del periódico oficial, de que adjunto un ejemplar, algunos juzgados se han abstenido de conocer en los negocios que tienen relación con los pagarés y con los arrendamientos o alquileres de fincas que han pertenecido al clero, la misma regencia me manda decir a V. E. que, conforme a los avisos referidos, los juzgados y tribunales han debido y deberán conocer de todos los asuntos a que se contraen los referidos avisos.

De su orden lo participo a V. E. para su publicación y debido cumplimiento.

El subsecretario de Estado y del Despacho de Justicia.

Felipe Raygosa

De todo lo que llevo dicho, aparece: primero, que se ha dictado, a nombre de la regencia, una orden que la regencia no ha acordado, pues yo soy miembro de la regencia y no he concurrido ni sido citado a tal acuerdo; segundo, que esta orden, según me informó después de circularla el subsecretario de Justicia, se mandó expedir el domingo, antes de tener yo la conferencia con el Excmo. Sr. Bazaine, a presencia del Excmo. Sr. Almonte, como de un negocio que estaba pendiente; guardándose respecto a mí, por parte de los Excmos. señores regentes, mis compañeros, una estudiada reserva que no me puedo explicar y con la circunstancia agravantísima de haberse expedido tal orden por el subsecretario del ramo de Justicia, que está a mi cargo, sin haber tenido acerca de esto, como se ve, no sólo el conocimiento, pero ni un simple aviso por parte de este empleado.

En tal virtud, en cumplimiento del deber que me incumbe como regente del imperio del juramento que tengo prestado de procurar en todo el bien común, para declinar toda responsabilidad por mi parte, ya respecto de S. M. el emperador de México, a quien debo toda fidelidad, ya respecto de la nación que me ha honrado con su confianza, ya, finalmente, respecto de los intereses legítimos que pudieran resentirse de las consecuencias prácticas de una orden que considero nula, me dirijo a vuestras excelencias por la presente nota, haciendo estas observaciones y manifestando que, no considerando como emanada de la regencia la orden preinserta, que ha comunicado ayer el Sr. subsecretario de Justicia, don Felipe Raygosa, protesto de nulidad en toda forma contra tal orden para los efectos a que haya lugar.

Dios guarde a VV. EE. muchos años.

Palacio arzobispal de México, 10 de noviembre de 1863.

Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos
Arzobispo de México

EL ARZOBISPO LABASTIDA
INSISTE EN SU INTERPELACIÓN

Sres. Juan N. Almonte y Mariano Salas

Excmos. señores:

Recibí ayer tarde una comunicación, en que por la secretaría de Estado y Negocios Extranjeros se me dice, de orden de VV. EE. y como contestación a mi oficio de la mañana, que para tratar los puntos a que en ella me contraigo, esperan que yo me sirva concurrir hoy a las 12 al acuerdo de la regencia, en el concepto que de no ser así, la mayoría de ella, acordará, en consecuencia, lo que estime conducente para evitar que se paralice el curso de los negocios y se resienta el servicio público.

Mi expresado oficio contiene dos partes: primera, una formal interpelación sobre si VV. EE. creen que por sí solos bastan para formar la regencia o si su acuerdo, sin el del otro regente, surte, a juicio de VV. EE., los mismos efectos legales que si emanara de los tres regentes; segunda, una formal protesta contra todo lo que desde mi ingreso a la regencia se haya practicado o practique sin mi concurso en lo que debe tratarse por la regencia, así como también contra el llamamiento de un suplente. La primera parte es una interpelación oficial que hago a VV. EE. por escrito. La segunda parte importa una protesta de nulidad, que es precisamente lo que nos tiene desunidos a VV. EE. y a mí; división que para cesar demanda imperiosamente, por la naturaleza misma de las cosas, que VV. EE., reconociendo con su buen criterio el derecho de mi protesta de nulidad, enmienden por sí solos los que no hemos hecho juntos.

Tan luego como esto se verifique, concurriré gustoso a los acuerdos de la regencia para expeditar el curso de los negocios en que se

interese el bien público, cuya paralización no importa para mi responsabilidad de ningún género. Al decirlo a VV. EE. concluyo con insistir en la interpelación y las protestas de mi oficio de ayer por la mañana, lo mismo que en las declaraciones y protestas de mi comunicación del día 10.

Palacio arzobispal, 14 de noviembre de 1863.

Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos
Arzobispo de México

EL ARZOBISPO LABASTIDA MANTIENE SU ACTITUD
Y PIDE SE CONVOQUE A LA ASAMBLEA DE NOTABLES

Noviembre 17 de 1863

Sres. Juan N. Almonte y Mariano Salas

Excmos. señores:

Acabo de recibir una nota de la secretaría de Estado y Negocios Extranjeros, fecha de hoy, en que se me dice que, hallándome yo en abierta oposición a la regencia, pues que declaro en mi nota de 18 del corriente que no volveré a concurrir a sus acuerdos mientras no se revoque la orden de 8 del actual y el decreto de la propia fecha, la regencia declara que yo he dejado de formar parte de ella y que me lo comunica, en el concepto de que S. E. el Gral. Bazaine está en perfecto acuerdo con la expresada resolución.

En contestación, digo a VV. EE.: primero, que no puedo encontrarme en oposición con la regencia cuando soy parte de ella; segundo, que yo no he dicho que no volveré a concurrir mientras no se revoque la orden de 8 del actual y el decreto de la propia fecha, sino que tan luego como VV. EE. enmendasen por sí solos lo que hicieron sin concurso mío, concurriría gustoso a los acuerdos de la regencia; cosas muy diversas, como a primera vista se manifiesta; tercero que no considero a VV. EE. ni al Excmo. Sr. Bazaine, con derecho ninguno para destituirme del cargo de regente del imperio porque, ni el Excmo. Sr. Bazaine, aun supuesta la intervención, tiene facultad ninguna para esto y menos después de la explícita, franca, leal y altamente política declaración del Excmo. Sr. Forey al instalarse el gobierno mexicano, ni dos individuos de la regencia pueden constituir la ni declararse en ningún

caso regencia sin romper sus títulos de legitimidad y, sin introducir por este hecho en la constitución del gobierno un cambio esencial; cosa que, por ser atributo exclusivo de la nación, sólo puede verificarse por la asamblea de los notables. En consecuencia, pido a VV. EE. en toda forma, en uso del derecho que me concede el artículo 17 del decreto de 16 de junio último, que para resolver ésta cuestión se cite a la asamblea de los notables, por ser éste el recurso legítimo e indispensable, porque se trata de la esencia del gobierno, porque la asamblea es el órgano aceptado y acatado de la voluntad nacional; porque es la fuente, reconocida aun por la misma intervención, de la forma de gobierno, de la legitimidad en el país del poder del emperador electo y de la regencia misma; porque en el caso se trata de una cuestión esencialísima, cual es: si dos solos de los tres pueden formar la regencia y, porque, debiéndose recurrir a la referida asamblea en las graves cuestiones, según la ley, si no se la convoca para ésta, no sé para cuál otra se le haya de llamar, ni cómo podrán VV. EE. cohonestar su negativa, ni considerarse como gobierno nacional, ni excusar su inmensa responsabilidad ante dios, la nación mexicana y la Francia.

Concluyo, pues, protestando de nulidad contra el atentado de la destitución y dejando a salvo todos los demás recursos que a mi derecho correspondan, como regente y como mexicano.

Todo lo cual digo a VV. EE. para su debido conocimiento y el del Excmo. Sr. Bazaine, si VV. EE. tienen a bien comunicárselo, supuesto que la destitución se ha hecho de acuerdo con S. E.

Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos
Arzobispo de México

ALMONTE Y SALAS, HACEN A UN LADO
AL ARZOBISPO LABASTIDA EN LA REGENCIA

Palacio imperial. México, 18 de noviembre de 1863

Sr. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos,
Arzobispo de México

Illmo. señor

La regencia del imperio se ha impuesto del contenido de la carta que le dirigió V. S. I. con fecha de hoy y, no creyendo conveniente tomarla en consideración, me previene lo diga a V. S. I. en contestación en el concepto de que, asumiendo el título de regente, ella se verá precisada a tomar las providencias que estime conducentes, para hacer que sus acuerdos tengan el debido cumplimiento.

Juan N. Almonte

Mariano Salas

BAZAINE APOYA A LA REGENCIA

México, noviembre 20 de 1863

A monseñor el arzobispo de México

Monseñor:

He recibido la protesta que S. E. el Gral. Almonte me ha hecho llegar con motivo de las medidas acordadas por la regencia para separar a V. E. del gobierno provisorio. Yo debo haceros conocer, monseñor, que esta medida ha sido necesaria por la actitud de V. E. y que ella ha sido tomada de acuerdo conmigo, porque estoy persuadido de que era el solo medio de no comprometer la marcha de los negocios.

Que me sea permitido expresar el voto de que V. E., bien inspirado, aceptará la situación tal cual está y hoy rechazará los consejos y las sugerencias de amigos imprudentes contra lo cuales estoy bien decidido, por otra parte, a tomar todas las medidas de rigor que los poderes de que estoy revestido me autorizan a emplear.

Yo cuento con la abnegación de V. E., con su consagración al país para que, en el momento en que voy al interior a trabajar en la obra de pacificación y de regeneración de México, vuestra oposición no fatigará la marcha del gobierno.

Recibid, monseñor, la expresión de mi alta y respetuosa consideración.

El General en Jefe
(Francisco Aquiles) Bazaine

EL ARZOBISPO LABASTIDA DEFIENDE
SU CARÁCTER DE MIEMBRO DE LA REGENCIA

Sres. Juan N. Almonte y Mariano Salas

Contesto a la nota de VV. EE. de fecha 18, insistiendo en todo el contenido de mi carta oficial de 17 del corriente, a que ella se refiere; pues ni la circunstancia de no haberse tomado en consideración le quita o mengua su fuerza, ni yo he asumido el título de regente, sino que lo llevo por el derecho que me da la ley.

Dios guarde a VV. EE. muchos años.

México, 21 de noviembre de 1863.

Pelagio Antonio Labastida y Dávalos
Arzobispo de México

LABASTIDA REPLICA CON VIOLENCIA
AL GENERAL BAZAINE

México, noviembre 28 de 1863

A S. E. el Gral. Francisco Aquiles Bazaine
Jefe del cuerpo expedicionario

Excmo. señor:

No había contestado a la carta de V. E., fecha 20 del corriente, que recibí la tarde del 24, porque tenía necesidad de aprovechar el tiempo para el despacho del paquete. Ahora lo hago manifestando lo que me parece conveniente decirle sobre cada uno de los puntos que en ella toca.

Quedo entendido en que el Excmo. Sr. Gral. Almonte ha trasmitido a V. E. mi protesta de nulidad contra la destitución que S. E. y el Excmo. Sr. Gral. Salas y no la regencia hicieron de mi persona para separarme del gobierno provisorio. Lo quedo asimismo de la confirmación que V. E. me da de haber sido hecha esta destitución con su acuerdo, como ya me lo habían hecho saber aquellos señores y, en contestación a este punto, diré a V. E. lo mismo que a dichos señores había manifestado y es que no considero ni a ellos ni a V. E., con facultades para destituirme y, en consecuencia, insisto en mis protestas de nulidad.

Dice V. E. que esta medida estaba exigida por mi actitud y que V. E. se ha persuadido de que dicha destitución era el único medio para no entorpecer el giro de los negocios. V. E. me permitirá repetirle que mi opinión es absolutamente contraria, porque no encuentro en jurisprudencia ninguna que la actitud de un funcionario público que desempeña legalmente su misión, que defiende los derechos de la justicia y obra en todo conforme con la ley y que reclama las formas sustanciales

de la legalidad para la validez de los actos, autorice el paso de destitución por otros funcionarios que son iguales en representación y títulos y que son incompetentes, no sólo para destituirle, sino para residenciarle y juzgarle; segundo, porque, dígame lo que se quiera, ella importa la sustitución del hecho al derecho en la cuestión de legitimidad, la destitución del gobierno constituido el 25 de junio último por el voto de los representantes de la nación y aceptado por el general en jefe del ejército expedicionario, quien expresamente declaró poner en manos, no de dos, sino de los tres jefes provisionales de la nación, los poderes que las circunstancias le habían dado en provecho de la nación misma y V. E. verá que si los puso en sus manos no se quedó con ellos y por consiguiente que este gobierno ha concluido desde el día de mi destitución; lo que hay hoy será lo que se quiera, pero no el gobierno anunciado entonces por el Excmo. Sr. Forey al pueblo mexicano, a la Francia y al mundo, que no sólo no puede decirse que mi destitución es el único medio sino que, habiendo muchos, no se puso en práctica ninguno y existiendo la asamblea de notables como el único medio competente para apoyar una resolución legal y racional, no se recurrió a ella, sin embargo de mi formal pedido conforme a la ley, dándose con esto el último golpe de muerte al gobierno del país; continúa V. E. expresando sus deseos de que yo acepte la situación tal como está hoy y repela los consejos de amigos imprudentes, contra los cuales V. E. estará resuelto a tomar las medidas más rigurosas en uso de los poderes de que está revestido.

En cuanto a lo primero diré a V. E. que no comprendo el estricto sentido en que se toman aquí las palabras de aceptar la posición pero, como aceptar, es consentir y admitir, le diré a V. E. que no estoy ni estaré nunca conforme con nada de lo practicado contra los derechos que he defendido, sino antes bien que insisto en todas y cada una de mis protestas.

Si dichas palabras tienen un significado estrictamente personal, debo decirle con toda franqueza, que no tengo ninguna intención de esta clase; que no vine a la regencia a gozar sino a trabajar y a sacrificarme por el bien público y cediendo a instancias de más elevado carácter; si, en

fin, significa que yo en calidad de arzobispo haya de guardar silencio y permanezca impasible a la vista de los ataques a la suprema autoridad de la Iglesia, a su libertad de enseñanza y a sus inmunidades, le diré, con toda franqueza, que ni yo ni mis ilustrísimos hermanos podemos guardar silencio sin gravar nuestra conciencia y que estamos dispuestos a sufrir todo antes que faltar a tan santos deberes, cuando llegue el caso. En segundo lugar, debo decirle a V. E. con la misma ingenuidad, que no sé quiénes puedan ser esos amigos imprudentes a quienes V. E. se refiere y que yo soy el único responsable de mis actos.

Concluye V. E. contando con mi abnegación y decisión por el país, pues en el momento en que V. E. parta para el interior a continuar la obra de pacificación, yo no ponga trabas con mi oposición a la marcha de los negocios. A esto contesto, para concluir, que V. E. puede estar seguro de que si me sobra resolución para defender la justicia, no seré quien, rompiendo las ligaduras de una verdadera prudencia, dé paso ninguno contrario a los deberes que ellas me [imponen] cuando ella debe regir.

Acepte V. E. la reproducción de mi atenta consideración y muy distinguido aprecio.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Pelagio Antonio (Labastida y Dávalos)
Arzobispo de México

PROYECTO DE UN INFORME
DEL SR. GUTIÉRREZ DE ESTRADA AL GRAL. ALMONTE

Habiendo expuesto a su alteza ilustrísima y reverendísima, el archiduque Fernando Maximiliano, las instrucciones fechadas el 6 de agosto que la regencia me comunicó por el estimable conducto de V. S., el príncipe ha tenido a bien decidir que se conteste a cada uno de los puntos, cosa que fue resuelta después de una prolongada discusión a la que asistieron los Sres. Velázquez de León, Aguilar, Hidalgo y el infrascrito. Al efecto tengo el honor de informar a V. S. el resultado de las deliberaciones y las decisiones de S. A. en el siguiente orden:

El primer punto de las instrucciones, refiriéndose al viaje de la diputación, ha quedado cumplido con la llegada de ésta a Miramar.

En relación con el segundo, el príncipe me encarga expresarle que, a pesar que ha visto con el mayor interés la efusión con que las poblaciones de la línea de Veracruz a México, la capital del departamento de Chiapas, algunos distritos de Tabasco y otras ciudades y pueblos se han declarado por la monarquía y han hecho elección de su persona como futuro soberano de México, motivos de razón política y de conveniencia pública exigen que no acepte este generoso ofrecimiento en forma definitiva sino cuando, libre de la opresión que pesa sobre ella, la mayoría de los habitantes manifieste su voto en el mismo sentido y con entera espontaneidad. Entonces aunque el territorio no esté completamente pacificado S. A. se presentará en el suelo mexicano en cuanto se solucionen felizmente las cuestiones todavía pendientes en Europa. En ese sentido, recomienda a la regencia se ocupe exclusiva y preferentemente en llevar a los mexicanos a la concordia, dando una importancia secundaria a los otros asuntos que sería oportuno reservar para la llegada del emperador, resultado que sólo se logrará con la actividad de las operaciones militares del ejército franco mexicano, con

la adopción de una política de moderación y de tolerancia respecto a las opiniones, con energía y severidad hacia aquellos que de hecho conspiran contra el orden público.

En lo que concierne al tercer punto de las instrucciones el archiduque desea que la regencia se persuada de que las apasionadas exigencias de los partidos no pueden alterar la tranquilidad de su espíritu ni variar la forma de juzgar la cuestión; que, entonces, no tiene nada que temer, pues, firme en sus resoluciones, cualesquiera sean las maquinaciones que pongan en juego, sólo desea que obtengan el sello de la razón y de la legalidad; que, en consecuencia, habiendo aceptado condicionalmente la corona de México para poder dar un carácter absoluto a esta determinación, espera que el voto de la asamblea de notables sea ratificado por la mayoría de los mexicanos con entera libertad y en la misma forma en que se han declarado por la monarquía en los otros lugares; a fin de no perder un tiempo precioso mientras el país sufre una peligrosa crisis, ha pensado que podría apresurar la expresión de estas ideas relativas a los objetivos que abrazan y a las cuestiones que provocan las instrucciones impartidas por la regencia a la comisión.

Pasando al párrafo cuarto, S. A. I. es de opinión que lo expuesto en los párrafos anteriores puede servir de respuesta pero agrega que el estado actual de la nación indica que no ha llegado aún el momento del viaje del archiduque a México pues, hasta cierto punto, podría aparecer en carácter de conquistador; la impaciencia de los pueblos que suspiran por el establecimiento de un gobierno serio y estable, podrá ser calmada con el conocimiento de la respuesta del archiduque a la diputación que le ha ofrecido el imperio y en la que quedan consignadas de la manera más firme sus resoluciones para el porvenir.

El quinto punto ofrece al archiduque la oportunidad de hacer saber a la regencia que el emperador de los franceses, hallándose dispuesto a poner al servicio de México la legión extranjera que está en Argelia cuyo efectivo podrá aumentarse a voluntad, está resuelto a llevar un cuerpo de 4,000 hombres católicos de diferentes nacionalidades para que sirvan de base y de núcleo al ejército nacional. Esta fuerza llevará la escarapela y la

bandera mexicanas y prestará juramento de fidelidad al soberano. A continuación, el archiduque advierte a la regencia que ésta no se ocupe de la formación de una guardia imperial si esto ocasionara un aumento en los gastos del tesoro público.

Cualquiera sea la importancia que se dé al nuevo ejército, como sería imposible emplear el número excesivo de oficiales y generales que tienen o creen tener derecho a estar en actividad, el archiduque ha decidido no acordar nuevos grados bajo ningún pretexto y, a fin de observar la más estricta justicia en esta espinosa cuestión, piensa capitalizar las rentas y las deudas de los emolumentos de aquellos que deben dejar el servicio e indemnizarlos con tierras colonizables. El código militar deberá ser observado rigurosamente en lo relacionado con los generales y oficiales que se elijan para ser distribuidos en el cuerpo. En lo que concierne a los puntos enunciados, será conveniente que la regencia se abstenga de resolver, pues tendrán que ser reglamentados por S. A. quien cuenta a este efecto con la benévola disposición de los emperadores de Francia y Austria para facilitarle dichos arreglos. Se enviará a México, en su oportunidad, el proyecto de reorganización del ejército nacional que está en vías de formularse.

S. A. desea también hacer llegar a conocimiento de V. S. que el emperador Napoleón III está por concluir una convención militar con México en la que se tratará de fijar en forma precisa el tiempo asignado a la ocupación, no siendo menor de cinco años y pudiendo prolongarse a solicitud del archiduque. Será necesario, además, resolver las condiciones que deberán ser observadas por el ejército francés durante su estadía en el territorio nacional.

En el sexto punto la regencia indica la necesidad de negociar un empréstito, por medio del cual el futuro gobierno, libre de las penurias del momento, pueda consagrarse durante algún tiempo al arreglo de las finanzas públicas y de otras ramas de la administración. S. M. el emperador de los franceses juzga que será fácil lograr ese objetivo por intermedio de su ministro de Finanzas y de las principales casas de Londres y París que se ocupan ya del asunto. Otras respetables personalidades opinan que para lograr el empréstito será necesario

esforzarse por obtener la garantía de Francia; el monto del reembolso de los gastos de la expedición tendría que ser fijado por adelantado de una manera precisa y tener vencimientos periódicos durante los años de ocupación. S. A., penetrado de la prudencia de estas indicaciones, está convencido que para hacer que esta ocupación resulte popular y acrecentar las simpatías en favor del nuevo gobierno, nada será tan útil como hacer participar en ese interés no sólo a franceses sino también a ingleses y españoles. Los que intervengan como agentes de parte de México deberán rendir un informe exacto de los gastos que ocasionen sus trabajos. En fin, S. A. cree importante que la regencia autorice suficiente y expresamente con un poder especial al individuo o individuos de su confianza para negociar el empréstito teniendo cuidado de consignar en esta autorización que las condiciones en que se concluya deben ser aprobadas por el futuro soberano.

S. A. I. considera de absoluta necesidad la compra de armas; sin embargo, prefiere que en lugar de 30,000 fusiles, la regencia no encargue sino 20,000 a fin de emplear el valor de los 10,000 restantes en el establecimiento de una manufactura de armas en México.

En cuanto a la octava instrucción, según la opinión del archiduque, es necesario que se postergue hasta su llegada todo lo que concierne a los bienes eclesiásticos y en ese sentido ha escrito al emperador de los franceses para solicitarle que expida sus órdenes al jefe de la expedición. Sin embargo, monseñor Labastida munido de plenos poderes que ha recibido del santo Papa y con conocimiento de causa, podrá preparar el camino estableciendo los preliminares, para que a la llegada de S. A. y del nuncio apostólico los proyectos en cuestión puedan ser ejecutados. Queda entendido que los casos de conciencia son del resorte de la autoridad eclesiástica y deben ser resueltos por ella. La opinión de S. A. es que no debe hacerse nada definitivo en esta cuestión ni en ninguna otra de importancia.

El tratado de alianza con otras potencias de que habla la regencia no presentará nada de nuevo puesto que quedaba entendido que han prestado su apoyo y su garantía a los tronos de Bélgica, de Grecia, de Portugal, de Turquía y antes al de España en ocasión del tratado de la

cuádruple alianza. Los peligros para México subsistirán mientras los asuntos de Estados Unidos presenten el mismo aspecto, es decir mientras la independencia de los confederados no sea reconocida. Para satisfacer los deseos de la regencia sobre este punto, el archiduque hace saber que ya se ha adelantado mucho y que se debe contar con la influencia decisiva de S. M. Napoleón III quien con sus poderosos esfuerzos en favor de México que hacen resaltar en forma tan eminente su magnanimidad, su desinterés y su filantropía, no dejará su obra sin terminar. La iniciativa de este asunto, según la opinión del archiduque, concierne a la diputación mexicana, la cual debe dirigirse colectivamente por medio de una exposición o de un memorándum aprobado por S. A. a las tres potencias signatarias de la convención de Londres que acaban de declarar no haber sido rota sino solamente suspendida. A este efecto, S. A. ha ordenado que el Sr. Velázquez se dirija a Inglaterra, el Sr. Aguilar a España y el Sr. Gutiérrez de Estrada a Francia para negociar en estas tres cortes, con carácter semioficial propio de las circunstancias, la renovación del tratado del 31 de octubre de 1861.

Sobre el punto décimo no hay nada qué decir en vista de lo que ha sido resuelto a propósito del presidente y en cuanto al onceavo será cumplido en todas sus partes.

Esto es lo que tengo el honor de comunicar a V. S. para ser llevado a conocimiento de la regencia del imperio y aprovecho esta ocasión para ofrecerle la seguridad de mi distinguida consideración.

Miramar, octubre 9 de 1863.³

(José María Gutiérrez de Estrada)

³ Original en francés.

MAXIMILIANO ACEPTA LA CORONA CON AMOR

Miramar, octubre 9 de 1863

Sr. Gral. Juan N. Almonte

Mi querido general:

Con gran placer he recibido su carta el 17 de julio último cuyo contenido me parece de una gran importancia.

Para comenzar no se puede negar que los motivos para renunciar a su proyecto de viaje a Europa han sido muy justos y muy fundados; por grande que fuese la utilidad de su presencia aquí, era sin duda más necesaria en México en estas graves circunstancias.

Con su tacto y su previsión habitual usted ha preferido quedar en su puesto, donde su influencia es tan grande y su patriotismo puede ser elogiado.

Hablemos ahora de los diversos puntos que deben ser el tema de nuestra conversación.

Usted comienza por ser el intérprete de los votos que me llaman a su país, tan hermoso por la naturaleza y tan desgraciado por algunos de sus hijos mal aconsejados o bien por circunstancias que no es el momento examinar.

Me apresuro entonces a manifestarle mi satisfacción en todo lo que de mí depende. La declaración hecha solemnemente el 3 de este mes a la diputación mexicana es ya conocida en toda Europa y no tardará en serle en los pueblos que han enviado por mí.

Así, pues, he aceptado la corona de México con un amor igual al que me ha sido ofrecido.

Pero esta aceptación no ha sido plena ni absoluta y no podrá serlo.

Desde hace tiempo usted conoce las condiciones, condiciones razonables y necesarias para la dignidad de mi casa, por el respeto que me debo a mí mismo y no menos indispensable para el éxito de la gran obra en la que no dejaré de trabajar con el mismo celo y la misma perseverancia que el mexicano más devoto a su patria. En gran parte ahora es de ella quien todo depende. Que hable por la mayoría de sus hijos y seré yo mismo quien tendrá el honor de llevar mi respuesta. Pero, repito, es necesario que hable.

Debo reconocer, mi querido general, la gratuidad de las cuestiones que me preocupan desde hace algún tiempo y que, debo confesar, usted evapora con gran discernimiento. Esto me ha sido confirmado en mis conversaciones con la diputación enviada ante mí, cuyo patriotismo y luces me fueron plenamente garantizados por la confianza que le acuerda la regencia.

Todas las cuestiones enunciadas por usted y algunas otras que he creído útil proponer han sido examinadas en mi presencia por varios miembros de la diputación y el resultado de la discusión seria y profunda ha sido consignado en un proceso verbal del que en breve tiempo enviaré copia. [El resto del párrafo no se pudo transcribir por la confusa caligrafía].

Existe un punto en el cual debo insistir pacientemente es la pacificación del país en una extensión que por lo menos toque las principales ciudades tales como San Luis, Querétaro, Guanajuato, Morelia, Zacatecas, Guadalajara, que con los territorios intermedios podría ser considerado como la gran mayoría de la población del país. Esta es la base indispensable para la obra que se trata de levantar sobre principios sólidos y estables. Es para mí el punto primordial. Una vez obtenido esto nada me detendrá en el cumplimiento de las promesas solemnes que he hecho frente a aquella que ya me regocijo de ver como mi nueva patria y no tardaréis en verme entre vosotros lleno de devoción y de buena voluntad.

Usted, general, me facilitará esta tarea enviándome, como le ruego hacerlo, por los barcos de *Southampton* y el *Saint Nazaire*, un expreso

bien detallado de la situación para que yo pueda tener una idea exacta de los asuntos.

Soy...⁴

(Fernando Maximiliano)

⁴ Original en francés.

BAZAINE CONSIDERA ULTRAMONTANA
LA ACTITUD DEL ARZOBISPO DE MÉXICO

París, diciembre 3 de 1863

Al conde Russell

Milord:

Mr. Drouyn de Lhuys ha tenido la gentileza de leerme extractos de los últimos despachos enviados por el Gral. Bazaine.

Dichos extractos relatan:

Primero.- A su llegada a la capital el Gral. Bazaine encontró a su eminencia, el arzobispo, imbuido del más violento espíritu ultramontano. Describe los esfuerzos del arzobispo para recobrar los antiguos bienes de la Iglesia. Su eminencia obra de acuerdo a las inflexibles instrucciones enviadas por el Papa, por lo que el general informa a Mr. Drouyn de Lhuys que ante estas pretensiones ha dictado sus órdenes para prevenir cualquier acto ilegal del partido clerical.

Segundo.- El Gral. Bazaine informa que el gobierno de Juárez está en vísperas de disolución ya que sus principales sostenedores, Juárez, Doblado, ministro de Relaciones Exteriores y Comonfort, ministro de Guerra, se han marchado al interior y han manifestado su deseo de negociar con la intervención, pero que el Gral. Bazaine ha rehusado tratar con ellos en tanto no se sometan a la regencia.

Tengo el honor de ser, con profundo respeto, el más humilde y

obediente servidor de V. E.⁵

(Henry Richard Charles Wellesley, conde de) Cowley

⁵ Original en inglés.

LARES SE OPONE A QUE SIGAN VIGENTES
LAS LEYES EMANADAS DEL GOBIERNO LIBERAL

México, noviembre 10 de 1863

Sr. don Joaquín Velázquez de León

Muy señor mío y mi estimado compañero y amigo:

Por el anterior paquete inglés escribí a usted largamente manifestándole la angustiada situación en que nos encontramos con motivo de las pretensiones del Gral. Bazaine para que se mandaran pagar los vales de los adjudicatarios y se levantara el secuestro de los bienes de los disidentes; dije a usted que los otros señores de la regencia, Almonte y Salas, contra la opinión del arzobispo, mandaron a los periódicos unos comunicados que remití a usted juntamente con el del arzobispo que disentía de sus colegas. Recibióse después el paquete francés en el que se entendió había recibido el Sr. Bazaine cartas o instrucciones que afirmábase el concepto de que en el asunto nada se hiciera y se reservara todo al emperador cuando viniese; no insistió el Gral. Bazaine y todo había calmado cuando, al aproximarse la salida del presente, pasó una especie de ultimátum a la regencia diciéndole que los jueces no daban curso a los negocios de los pagarés como deberían hacerlo conforme a los comunicados que la regencia se los proveyó copiosamente y si no dictaría él mismo las providencias convenientes.

Luego que el señor arzobispo tuvo conocimiento de la nota del Gral. Bazaine, propuso a Almonte se tuviera una conferencia con la presencia del Sr. Bazaine a que accedió el Gral. Almonte y, habiendo acordado iría cada uno por separado, cuando fue el arzobispo ya se encontraba en la casa del Gral. Bazaine, el Gral. Almonte y tuvo que

esperar hora y media; Almonte le dijo que nada había hablado del asunto sino de negocios de guerra y el arzobispo expuso, entonces, al Gral. Bazaine todas las observaciones y todos los inconvenientes a que daría lugar poner en vía de pago los diversos pagarés que se hallan no en manos del comercio como se quiere hacer creer sino de cuatro o cinco agiotistas adjudicatarios que los tienen monopolizados. El Gral. Bazaine convino en esperar por escrito las observaciones del arzobispo y, mientras se ocupaba de ellas, los otros dos señores, Almonte y Salas, a nombre de la regencia expedirían orden oficial a los jueces y al tribunal para que se diera curso a todos los negocios de que hablan los comunicados, es decir pagarés, arrendamientos y continuación de los otros adjudicatarios, diciendo en tal orden que los jueces debían y habían debido obrar con arreglo a los comunicados.

Entre nosotros, los comunicados nunca han sido leyes, órdenes ni decretos, pero no es lo más grave, sino que dos señores de la regencia, sin contar con el arzobispo toman el nombre de regencia y expiden órdenes. Si a lo menos el negocio se hubiera acordado con el arzobispo, éste hubiera disentido y los otros dos hubieran estado conformes, hubiese el pretexto de decir que había mayoría y digo pretexto porque no es seguro que la opinión de dos forme el voto de la regencia, pero no habiendo dado ni siquiera noticia al arzobispo, de manera que la primera que tuvo fue la de ver la orden comunicada al general por el ministerio que está a su cargo que es el de Justicia, expedida a nombre de la regencia y firmada por Raygosa que ha tenido el atrevimiento de prestarse a tal superchería, usted graduará la funesta trascendencia de semejante atentado. Pues hay más; cuando el arzobispo hablaba con el Sr. Almonte y el Gral. Bazaine haciendo las observaciones conducentes, ya el primero había acordado con Salas expedir la orden referida. ¿Cómo deberá calificarse este paso? El arzobispo ha protestado de nulidad contra él, a fin de dejar siquiera expeditos los derechos de la nación, contra el diluvio de daños y complicaciones que va a acarrear semejante medida que jamás podrá decirse que es de la regencia; el general, de justicia, va a manifestar que la conciencia de sus individuos no le permite cumplir con tal orden y lo mismo los jueces nos privarán de los destinos y llamarán

para que pongan en ejecución las leyes de Juárez porque sólo ellos las mandarían cumplir.

Todavía hay más: derogado el decreto del Gral. Forey sobre secuestros, los embargos se han continuado conforme a lo que presenten nuestras leyes de 1832 y 1855, pues el Gral. Bazaine ha pedido que estas leyes se deroguen por ser de épocas funestas, de manera que sólo las leyes de los puros deben observarse y los dos Sres. Almonte y Salas, sin dar tampoco noticia al arzobispo, han expedido el decreto derogando nuestras leyes.

Estos procedimientos tienen llena de turbación a la sociedad, todas las esperanzas se ven perdidas. ¿Cómo habríamos de esperar que se nos llamara para poner en ejecución las leyes de Juárez? Empéñese usted mucho, pues, en que venga orden expresa al Gral. Bazaine para que estos negocios se reserven a la decisión del emperador electo y que se dicte alguna medida por nuestro emperador si ya ha aceptado, para que la regencia evite estos lances tan perjudiciales.

Su afectísimo amigo.

Teodosio Lares

HABILIDOSAMENTE, MAXIMILIANO RECOMIENDA
AL ARZOBISPO DE MÉXICO SE MUESTRE PRUDENTE

Miramar, 26 de diciembre de 1863

Señor arzobispo de México

Reverendo monseñor:

Las últimas cartas de México me trajeron la disgustosa nueva de una escisión sobrevenida en el seno de la Regencia a causa de la cuestión de los bienes del clero.

Si bien yo no haya aún aceptado el trono ofrecídomelo sino bajo ciertas condiciones y, si bien, por esta sola razón no pueda permitirme desde ahora el tomar ingerencia en los negocios internos de México, aun cuando ya tuviese perfecto conocimiento de ellos, no obstante, me creo en deber, diré mejor en la obligación, de dar consejos acerca de lo que podría comprometer el advenimiento mismo de la monarquía que se me asegura nacerá en los votos de la generalidad del país.

En las actuales circunstancias, la monarquía en México es imposible sin la intervención francesa que debe restituir a las poblaciones la libertad de disponer de sus venideros destinos. Hacer en este momento oposición a las miras de la potencia interventora sería, pues, poner en peligro el mismo establecimiento de la monarquía y del orden. No es menester olvidar que, si la intervención se retirara, el país caería de nuevo en aquel mismo estado de disolución en que se hallaba antes y en que se hallan ahora las provincias sobre las cuales se extiende el poder de Juárez y que, en tal caso, el catolicismo en México sería amenazado de gravísimos daños. Es, pues, necesario reunir todos los esfuerzos para hacer que salga con bien el movimiento monárquico, aun cuando la

intervención, para alcanzar tal resultado, procurara apoyarse en el partido moderado.

A fin de que el país entero pueda proclamar la monarquía es menester que el clero sostenga con actividad tal movimiento. Cuando habráse obtenido este resultado y cuando el soberano electo habrá tomado en sus manos las riendas del imperio, entonces será tiempo de ocuparse del reglamento de los intereses temporales de la iglesia y de la definitiva solución de las cuestiones religiosas, de acuerdo con la Santa Sede. Respecto a este punto los venerandos prelados mexicanos pueden descansar sobre mis sentimientos de equidad y de apoyo a la religión.

Confío en la prudencia del episcopado, de quien usted forma el ornamento, que querrá mostrarse conciliador donde se trate de disposiciones pasajeras para no perjudicar al interés principal.

Encomendándome a sus oraciones, quedo, reverendo monseñor, de usted afectísimo.⁶

(Fernando Maximiliano)

⁶ Minuta en castellano con numerosas tachaduras.

ALMONTE, OPTIMISTA, CRITICA A FOREY
Y APREMIA A MAXIMILIANO A TRASLADARSE A MÉXICO

Palacio imperial, México, septiembre 12 de 1863.

A S. M. Fernando Maximiliano,
Primer emperador de México

Sire:

Cuando esta carta llegue a las manos de V. M. ya hará largo tiempo que hayáis recibido de la comisión el voto del país. Si todos los departamentos no se han liberado aún, si todavía queda un gran número bajo el yugo terrorista que les impide expresar libremente sus opiniones y su voluntad, es porque al Sr. mariscal Forey le ha parecido conveniente permanecer desde hace tres meses en México a pesar de que este año las lluvias habituales no cayeron en el interior, suerte providencial que no nos ha sido permitido aprovechar.

A pesar del llamado, el mariscal ha conservado el mando y como no piensa partir sino hasta el 5 o 6 de octubre, es de temer que la demora de tres meses para la campaña del interior no se extienda hasta los cuatro. Esto es tanto más lamentable cuanto, por una parte, es seguro que el ejército franco mexicano no encontrará ninguna seria resistencia, -habiendo partido hace dos meses no habría encontrado ni la menor- y que, por otra parte, las poblaciones del interior sólo esperan nuestra proximidad para pronunciarse. No pueden hacerlo antes, no teniendo armas ni organización y estando aplastados bajo el terror mantenido por las más abominables crueldades, las más odiosas exacciones. Diariamente nos llegan cartas y emisarios suplicándonos que avancemos.

Ha sido imposible hasta ahora decidir al mariscal a hacerlo antes del fin de la estación, aunque no ha llovido este año.

A pesar del tiempo perdido que da al enemigo un respiro con el cual no debió haber contado, que le permitió levantar el país, que aumentó los males que V. M. está llamado a reparar, el territorio ya sometido a las leyes del imperio crece cada día: aparte de los estados de México, Puebla, Veracruz, Carmen, Tampico de Tamaulipas, Tlaxcala, Tehuantepec que nos pertenecen, Yucatán, que de hecho desde hace 30 años se había independizado de México, ha proclamado a V. M. y el enemigo no posee más que la parte de Campeche que estará en nuestras manos cuando V. M. lea esto; dos barcos de guerra tienen orden de bloquearlo y de concurrir al ataque hecho por tierra con las tropas nacionales que solas han liberado el este del estado. En Guerrero, el Gral. Vicario, dueño de una parte del territorio, no tardará en estar frente a Acapulco. En Jalisco, Lozada dueño de Tepic con 800 o 1,000 hombres; Tovar establecido en Mascota con 1,800 hombres, esperando que lleguemos para tomar la ofensiva con toda seguridad de éxito al contar con nuestro apoyo. Castellanos combate en el territorio de Guanajuato; las fuerzas de Mejía ocupan Tolimán en Querétaro; Chávez sostiene la campaña entre Aguascalientes y Zacatecas. En fin, los estados de Chiapas, Durango y hasta el de Oaxaca, el propio estado de Juárez, se encuentran en plena insurrección contra él y el más mínimo auxilio bastaría para decidir la cuestión.

Salvo México, Puebla, Veracruz, Tlaxcala y Tampico, todos los otros estados han sacudido o luchan por sacudir el yugo espontáneamente y han proclamado a V. M. sin ninguna ayuda extranjera a pesar de la falta de armas, de organización y de recursos militares que en todas partes es el obstáculo más difícil de vencer.

Cualesquiera que sean los esfuerzos hechos ante V. M. para impedirle venir, con todo lo que puedan decir los periódicos demagógicos de Europa, V. M. puede y debe creer en la exactitud de los detalles que le enuncio. Mi confianza en el éxito es completa y sin vacilar hago venir a mi familia.

V. M. puede venir absolutamente seguro, no es de temer ningún

fracaso. La obra está cumplida y hasta un vuelco en la política del emperador Napoleón, si fuese posible creerlo, llegaría demasiado tarde para impedirlo. La causa imperial gana más y más y si el tiempo perdido retrasó el momento, de ahora en adelante nada podrá detenerla. Que V. M. apresure lo más posible su llegada y venga a ponerse a la cabeza de la obra más noble que jamás haya podido realizar un soberano, la de la salvación de la nacionalidad de un pueblo que espera de ella su regeneración completa. Más pronto venga V. M., más pronto la cuestión terminará de aclararse y desaparecer las últimas dudas con las últimas resistencias, siendo la posibilidad de una negativa de V. M. la última que sostienen todavía nuestros adversarios y hace vacilar a los tímidos. También la maniobra favorable de los enemigos del país es afirmar, anunciar como un hecho real, esa negativa en la que creen los timoratos sin darse cuenta que V. M., no habiendo recibido aún la expresión de los votos de la nación, no ha podido todavía contestar.

Para terminar repito a V. M. que todo podría haber ido mejor si se hubiese actuado más rápidamente; a pesar de los retrasos no puede elevarse la sombra de una duda sobre el éxito definitivo. Que V. M. venga, pues, tan pronto como pueda y se convencerán todos a su llegada del verdadero entusiasmo con que el pueblo lo espera.

Tengo el honor de ser, con la más completa y respetuosa devoción, Sire, de V. M. el humilde, muy obediente y muy fiel servidor.⁷

Juan N. Almonte
El presidente de la regencia

⁷ Original en francés.

MAXIMILIANO RATIFICA SU DECISIÓN
DE ACEPTAR EL TRONO

Miramar, noviembre 4 de 1863

(Al Sr. Gral. Juan N. Almonte)

Mi querido general:

Como lo hace suponer vuestra carta de septiembre 27, en momentos en que estas líneas lleguen a vuestras manos, las tropas francesas mexicanas habrán podido proseguir su marcha liberadora rumbo a las provincias aún sometidas al poder de los terroristas y a poner a las poblaciones de esas provincias en condiciones de pronunciarse libremente sobre el régimen político que deseen darse.

Si, como creéis poderlo asegurar de antemano y como parecen indicarlo las manifestaciones parciales que ya os han llegado, los votos de la gran mayoría de la nación me llaman al trono, una de las esenciales condiciones de mi aceptación estaría cumplida.

Espero que, hasta entonces, gracias a diligencias que se preparan a realizar en estos momentos varios miembros de la diputación en París, Londres y Madrid se podrá contar con la realización de la otra condición, la que tan bien habéis definido, reclamando un tratado de garantía entre México y las potencias signatarias de la convención del 31 de octubre.

Tened por seguro, mi querido general, que no vacilo de ninguna manera; mi resolución esta tomada y desde mi discurso del 3 de octubre, proclamada a la faz de México y del mundo; para tomar las riendas del gobierno no espero más que el cumplimiento de las condiciones que no sólo mi dignidad sino el interés bien atendido de vuestra misma patria, me han obligado a plantear. Esta seguridad ya os la he dado en mi carta

del 10 de octubre y me congratulo de renovarla ahora. Podréis hacer de ella el uso que os parezca conveniente para disipar las dudas que aún puedan subsistir en México.

En lo que concierne al deseo que me expresáis de intervenir ante el gobierno francés para hacerle volver sobre su resolución de llamar a Mr. Dubois de Saligny, cualesquiera que puedan ser las ventajas de mantenerlo en su cargo, he creído deber abstenerme de realizar algún paso en ese sentido, pues el nombramiento del conde de Monthalon en ese momento ya es un hecho cumplido y se espera a su predecesor en Francia por uno de los próximos barcos.

La archiduquesa y yo nos congratulamos por el consuelo que pronto tendréis de ver a vuestra familia y soy, con sincera estimación, mi querido general, vuestro afectísimo.⁸

Fernando Maximiliano

⁸ Original en francés.

MAXIMILIANO SÓLO ESPERA PARA VENIR A MÉXICO
SEGURIDADES DE LAS POTENCIAS EUROPEAS

Miramar, diciembre 8 de 1863

Al Sr. Gral. (Juan N.) Almonte,
Presidente de la regencia, en México

Mi querido general:

He leído con sumo interés en vuestra carta de 27 de octubre, las novedades que tenéis la deferencia de darme sobre las disposiciones del país en general, así como vuestras providencias sobre la campaña que acaba de abrirse y cuyo objetivo debe ser devolver a los pueblos la libertad de sus determinaciones.

Serán ellos los que deben pronunciarse sobre sus futuros destinos; si su voto me llama al trono, la primordial condición, para su aceptación, estará cumplida. Entretanto, nuestras atenciones tienden a lograr, en Europa, las seguridades sin las cuales la monarquía no podría sostenerse en México y no desesperamos de obtener este resultado, cualesquiera sean los obstáculos a superar.

A esta doble cuestión se debe el retraso de mi partida; mi voluntad no cuenta para nada. De inmediato que la generalidad del país manifieste su deseo de verme tomar las riendas del poder y que las seguridades cuya necesidad vos mismo habéis sentido perfectamente se hayan logrado, estoy preparado para dejar Europa y entregarme al deseo de los mexicanos.

Paso ahora a otro punto mencionado en vuestra carta, el que se refiere a las dificultades de todo tipo inherentes a vuestra tarea. Estad persuadido, mi querido general, que comprendo estas dificultades y la

tranquila, paciente y prudente firmeza con la que os esforzáis por dominar vuestras pasiones no hace más que aumentar mi estimación por vuestro carácter.

Con el tacto y el espíritu político que os distinguen habéis comprendido que los asuntos de mayor cuantía para el porvenir, deben reservarse al futuro soberano.

Aún estoy muy poco al corriente de todos los elementos que componen la cuestión tan compleja de los bienes eclesiásticos, para permitirme juzgarla, tanto más que monseñor Labastida se ha abstenido de tocar este punto en la entrevistas que he tenido con él antes de su partida para México. Pero, a primera vista y salvo mejor opinión, me parece que las decisiones tomadas en la sesión de la cual me habéis transmitido el proceso verbal, son de naturaleza tal que no pueden alarmar a ningunos intereses, puesto que no prejuzgan la solución definitiva. Espero que el arzobispo habrá renunciado al proyecto concebido en ocasión de retirarse de la regencia, proyecto cuya ejecución incumbe al interés mismo de la Iglesia.

La archiduquesa y yo deseamos que vuestra familia haya llegado felizmente y que los dulces placeres del hogar os consolarán de las duras pruebas que debéis soportar y que, con la ayuda de dios, serán un día recompensada con el reconocimiento de vuestra bella patria.

Creed, mi querido general, en la sincera estimación de vuestro afectísimo.⁹

Fernando Maximiliano

⁹ Original en francés.

NAPOLEÓN DESCONTENTO;
NO PERMITIRÁ UNA CIEGA REACCIÓN

Compiègne, diciembre 16 de 1863

(Sr. Gral. don Juan N. Almonte)

Mi querido general:

No os he contestado desde hace tiempo las cartas que me habéis escrito porque os confieso que no me sentía muy satisfecho de la marcha de los asuntos de México y preferí que mi disconformidad no os llegara directamente.

En efecto, mientras mi ejército se encuentre en México, no permitiré que se establezca allí una ciega reacción que comprometería el porvenir de ese hermoso país y que, a la faz de Europa, deshonraría nuestra bandera.

Os escribo hoy para agradeceros el magnífico álbum que me habéis enviado. Constituye un precioso recuerdo para mí y el hermoso trabajo de la encuadernación hace honor a la industria de vuestro país. Os ruego agradezcáis en mi nombre al Sr. José Salazar Ilarregui, ministro de Fomento, por la dedicatoria que acompaña al álbum y que me ha emocionado vivamente.

Espero que la Sra. Almonte ya se encuentre a vuestro lado; os ruego le presentéis mis saludos. Recibid, mi querido general, la seguridad de mi amistad.¹⁰

Napoleón

¹⁰ Original en francés.

OFRECE MAXIMILIANO TRASLADARSE DE INMEDIATO
A MÉXICO DESPUÉS DE SU ACEPTACIÓN DEFINITIVA

Miramar, diciembre 26 de 1863

A S. E. el Gral. (Juan N.) Almonte,
en México

Mi querido general:

Vuestra grata carta de 10 de noviembre me trasmite noticias en general satisfactorias sobre el progreso de las operaciones militares destinadas a salvar a las provincias del interior de un poder que parece serles antipático. Casi al mismo tiempo que vuestra carta me llegó el telegrama comunicándome la entrada del Gral. Mejía a Querétaro.

Cuando los votos emitidos libremente de los estados de Morelia, San Luis Potosí, Guanajuato y Guadalajara se hayan unido a los de los Estados que ya han ratificado el voto de los notables de México y así se hayan pronunciado por el imperio las provincias más centrales, más ricas y más pobladas, tendré el derecho de pensar que continuando el movimiento monárquico bajo el impulso del partido del orden, el país entero no tardará en seguir el mismo ejemplo. En ese caso, podré, en consecuencia, aceptar definitivamente la corona puesto que es probable que, hasta entonces, todas las cuestiones podrán superarse en Europa.

De tal modo os ruego, querido general, que tan pronto la regencia conozca las adhesiones arriba mencionadas, las trasmita al presidente de la diputación, quien, entonces, acompañados de aquellos delegados que se encuentren en Europa en esa época, tendrá a bien dirigirse sin demora a Miramar para presentármelas.

Estad persuadido que, a partir del momento de mi aceptación

definitiva, me esforzaré tanto como sea posible, en apresurar mi salida para mi nueva patria. El tiempo que transcurra hasta el día de mi llegada al suelo mexicano será para vos, querido general, un tiempo de pruebas de todo tipo, pero no dudo que manteniendo esta actitud tranquila y prudente que habéis observado hasta ahora y teniendo cuidado de conservar en vuestros trabajos un carácter esencialmente provisorio, llegaréis a superar las numerosas dificultades que se os presentarán.

Encargo al Barón de Pont haceros conocer mis puntos de vista sobre varios detalles y soy, querido general, con sincera estimación, vuestro afectísimo.¹¹

Fernando Maximiliano

¹¹ Original en francés.

LOS OBISPOS DE LEÓN, TAMAULIPAS Y TULANCINGO
SE ADHIEREN A LA PROTESTA

A los Sres. Juan Nepomuceno Almonte y Mariano Salas

Excmos. señores:

Ausentes de la capital, sólo a nuestro regreso hemos sabido que VV. EE. habían expedido la circular del 15 de diciembre, por la cual son declaradas vigentes varias de las leyes impías y funestas llamadas de Reforma, leyes contra las cuales se han dirigido especialmente las alocuciones veneradas de nuestro santísimo padre, el vicario de nuestro señor Jesucristo, así como las enérgicas protestas del episcopado mexicano, de la conciencia pública y del país entero; leyes, en fin, contra las cuales ha luchado el clero nacional con tanto valor como paciencia. Nosotros mismos hemos sido perseguidos por haber resistido a esas leyes y nos honramos altamente de haber sido encerrados en las cárceles públicas por ese motivo.

Hemos visto, pues, con sumo placer la protesta dirigida a VV. EE. por el episcopado en el momento en que acababa de tener término el destierro que ha padecido gloriosamente por la santa causa de la Iglesia. Honrándonos de pertenecer hoy al cuerpo sapientísimo, siempre firme y unido de los prelados de México, guiados por nuestra conciencia, por nuestro deber y por el espíritu católico, adoptamos y aprobamos completamente las protestas, circulares y disposiciones dirigidas durante los últimos años contra esa obra infame, denominada reforma.

VV. EE. saben muy bien que la esperanza de salvar a todo trance el catolicismo, es lo único que ha inducido al país a aceptar con alegría la intervención francesa, la regencia y el imperio.

Quiera la divina providencia escuchar los votos del episcopado, del clero y de la inmensa mayoría de los habitantes que ven con profundo dolor el peligro a que se hallan expuestas su adorada religión y su cara patria.

Rogamos a VV. EE. acepten, etc.

José María¹²
Obispo de León

Francisco
Obispo de Caradro y vicario
apostólico de Tamaulipas

Juan¹³
Obispo de Tulancingo

¹² José María Díez de Sollano.

¹³ Juan Bautista de Ormaechea y Ernáiz.